

TREINTA AÑOS DE "MANOS SUCIAS"

¿Es que te imaginas que se puede gobernar inocentemente?" (1).

El estreno de la obra produjo en el momento una perplejidad en la prensa burguesa. No sabía si aplaudir este anticomunismo era, al mismo tiempo, aplaudir un revolucionarismo. ¿O no era anticomunismo? Los propios comunistas les sacaron de dudas, condenando abiertamente la obra. El "castor", Simone de Beauvoir, lo relata en uno de sus libros, "La force des choses". "Los comunistas —dice— 'despreciaron unánimemente la obra'. Por treinta dineros y un plato de lentejas norteamericanas, Jean Paul-Sartre ha vendido el honor y la probidad que le quedaban", escribió un crítico ruso. Y entonces la burguesía cubrió de flores a Sartre". La obra se había convertido en una pieza de guerra fría. Más adelante, en uno de sus vaivenes, Sartre decidió retirarla para siempre de su repertorio, considerando que la utilización anticomunista de lo que él había escrito no era justa. Pero después cambió de opinión y volvió a autorizarla.

Un movimiento semejante se produjo en España con una obra de Alfonso Sastre, "El pan de todos", retirada como consecuencia de una utilización anticomunista que a su autor le pareció abusiva, y a lo que parece autorizada ahora de nuevo. Sastre es el traductor de Sartre en España. No lo es, sin embargo, en esta ocasión: no quiso hacer —o entregar— una versión de "Las manos sucias", a pesar de sus disparidades con el Partido Comunista de España, mientras éste no estuviera legalizado: le parecía que podría ser un ataque a quien no tenía los medios de defenderse. Ahora que está legalizado, sin embargo, la versión no es suya, sino de Adolfo Marsillach, que en las notas que ha escrito para acompañar la representación explica también su postura con respecto al PCE: "Aunque no sea miembro del Partido Comunista, no soy capaz de atacarlo esquemáticamente, ni mucho menos permitir que ese ataque lo contabilice en propio provecho la derecha nacional. Creo, pues, después de una larga meditación, que a nada traiciono colaborando en el estreno de esta obra en España".

(1) La traducción, como la numeración de la escena y el cuadro, corresponden a la obra original francesa. Pueden tales palabras y tal designación no corresponder exactamente con la versión de Adolfo Marsillach.

EL DIFÍCIL EQUILIBRIO DE LA REVOLUCIÓN

JOSE MONLEON

ANTE un texto como el de "Las manos sucias" se ve cuánto hay de ridículo en querer contemplar el teatro al margen del debate social, del juicio histórico. Porque, bien mirado, el drama de Sartre, que a muchos parecerá singularmente político, no hace sino poner nombre, concretar un conflicto que prácticamente cobija las líneas maestras de la Historia contemporánea; líneas vividas a niveles íntimos, de grupos o partidos, y de naciones, en las que se resumen, me parece, buena parte de nuestras alternativas. En el conflicto ordenado por Sartre y en la respuesta dada por los diversos personajes se encuentran, de hecho, muchos rostros y nombres familiares, en un arco que va desde la indiferencia a la pasión política, desde la militancia disciplinada a la interrogación permanente sobre el compromiso aceptado, desde una concepción pragmática a una concepción idealista del cambio social, desde el acento puesto sobre los resultados al que atiende a la santidad individual del revolucionario, desde la ideología a la política...

A primera vista podría pensarse que se trata de un problema ligado a las decepciones que siguieron a la última guerra mundial. Eduardo Haro, en otro trabajo, explica muy bien el marco histórico en que fue escrita la obra y la tambaleante, por honesta, posición de Sartre. Las esperanzas de un orden más libre y más justo salido de la guerra iban siendo implacablemente defraudadas. A la idea inicial de que, en todo caso, mejor la URSS, con los males que luego se llamarían stalinismo, que los EE. UU., corazón y cerebro del capitalismo, pronto sucedió en el ánimo de muchos intelectuales la sospecha de que los distintos partidos comunistas, supeditados a las directrices de un país que, además de "patria de la Revolución de Octubre", era primerísima potencia, no iban a cubrir su teórico papel. De la necesidad de "no criticar a la URSS ni al comunismo" para evitar, como así sucedía en efecto, que la "otra parte" manipulara esas críticas en su propio provecho, se fue pasando a una actitud cada vez menos cautelosa, temiendo, sin duda, que ese silencio de la autocrítica acabara por lastrar el proceso hacia el socialismo. Si, como era de prever, la dirección de los diferentes partidos comunistas no lo entendía así, y reaccionaba con la condena y, en el caso de ser militantes, la expulsión de esos intelectuales, tanto peor para los intelectuales, para

el partido y para el socialismo.

Las dos primeras cuestiones a las que debemos responder hoy, noviembre de 1977, España, para la comprensión de "Las manos sucias" son: 1.ª ¿Se trata de un conflicto que, por encuadrado en otra época, tiene un interés fundamentalmente histórico? 2.ª ¿Acaso por encuadrado en el "ámbito" del Partido Comunista es ajeno a cuantos no militan ni han pensado nunca militar en él?

Ciertamente, la obra posee una serie de trazos anecdóticos que revelan la época en que fue escrita. Imagina Sartre que los Ejércitos soviéticos avanzan sobre un país cuyo Gobierno luchó al lado de los alemanes. El "pretexto" del debate surge cuando Hoederer, el secretario general del Partido Comunista de ese país, decide "pactar" con las fuerzas conservadoras, para, juntos, hacerse cargo del poder cuando llegue la paz. He aquí, tomado de una traducción anterior

del texto de Sartre —que Marsillach ha comprimido y adaptado al lenguaje del Partido Comunista español—, el fragmento fundamental de la disputa entre el citado secretario general y Hugo, el militante que sostiene la posición opuesta:

HOEDERER.—¿Por qué soy un traidor?

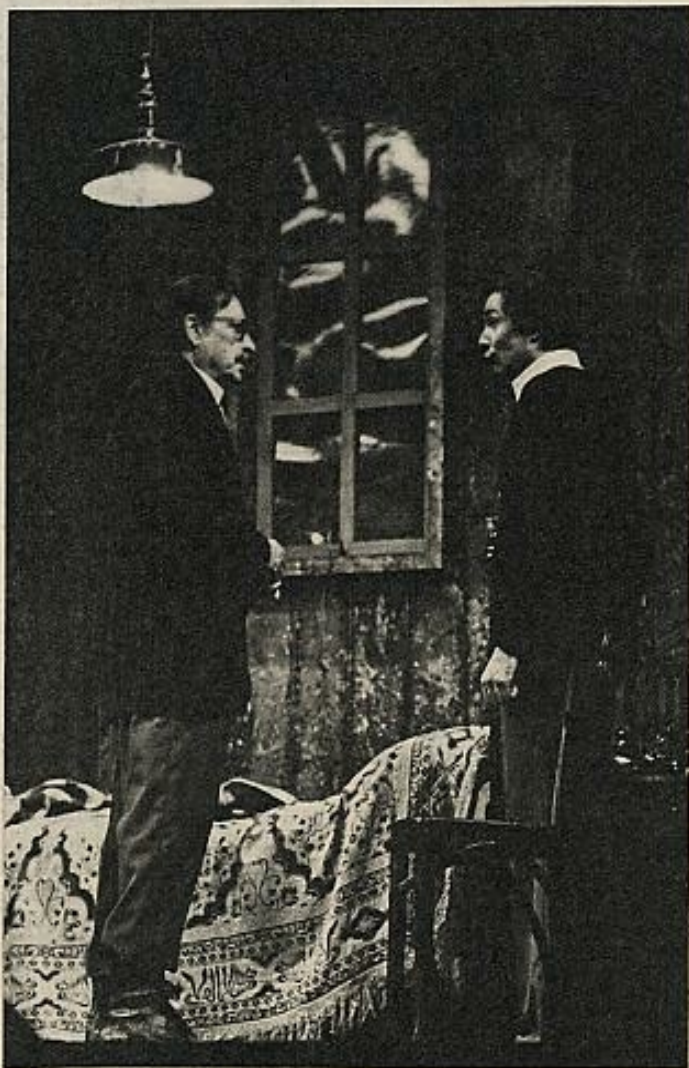
HUGO.—Porque no tiene el derecho de arrastrar al partido a sus combinaciones

HOEDERER.—¿Por qué no?
HUGO.—Es una organización revolucionaria y usted la convertirá en un partido de Gobierno.

HOEDERER.—El fin de los partidos revolucionarios es tomar el poder.

HUGO.—Tomarlo. Sí. Con las armas. No comprarlo ilícitamente.

HOEDERER.—¿Echas de menos la sangre? Lo siento, pero deberías saber que no podemos imponernos por la fuerza. En caso de





Pellicena, Diosdado y Carmen Maura, en algunas escenas de "Las manos sucias", de Sartre, en la versión castellana de Marsiliach y el montaje de José Luis Alonso.

guerra civil, el Partido Conservador contará con el Ejército.

HUGO.—¿Quién habla de guerra civil? Hoederer, no lo comprendo; bastaría un poco de paciencia. Usted mismo lo dijo: el Ejército rojo echará al Regente y tendremos el poder para nosotros solos.

HOEDERER.—¿Y cómo haremos para conservarlo?

HOEDERER.—Y además hay otra cosa: el país está arruinado; hasta es posible que sirva de campo de batalla. Cualquiera que sea el Gobierno que suceda al del Regente, deberá tomar medidas terribles que lo harán odioso. Al día siguiente de la partida del Ejército rojo nos barrerá una insurrección.

HUGO.—Una insurrección es sofocada. Instauraremos un orden férreo.

HOEDERER.—¿Un orden férreo? ¿Con qué? Aun después de la revolución el proletariado será el más débil, y por mucho tiempo. ¡Orden férreo! Con un partido burgués que hará sabotaje y una población campesina que quemará las cosechas para matarnos de hambre.

HUGO.—¿Y qué? El partido bolchevique se las ha visto negras en el diecisiete.

HOEDERER.—No era impuesto por el extranjero. Ahora escucha, chico, y trata de comprender: tomaremos el poder con los liberales de Karsky y los conservadores del Regente. Nada de historias, nada de ruptura: la reconciliación nacional. Nadie podrá reprocharnos que nos instaló el extranjero. He pedido la mitad de los votos al Comité de Resistencia, pero no haré la tontería de pedir la mitad de las carteras. Una minoría, eso

es lo que debemos ser. Una minoría que dejará a los otros partidos la responsabilidad de las medidas impopulares y que ganará la popularidad haciendo oposición en el interior del Gobierno. Están acorralados: dentro de dos años verás la quiebra de la política liberal y el país entero nos pedirá que hagamos nuestra experiencia.

Bien se ve que el marco temporal del conflicto no agota a éste en absoluto. Más aún: si la obra ha tenido, desde que se estrenó, una "vigencia general", por cuanto trasladaba al seno de un partido político revolucionario el viejo conflicto entre ética y poder, hasta ahora sólo tratado sobre las tablas cuando este poder era el de Reyes y tiranos, creo que bien puede decirse que tiene ahora una "vigencia concreta" en todos los países occidentales, en los que el Partido Comunista, por argumentos que no deben estar muy lejos de los que emplea Hoederer, se encuentran, directa o indirectamente, en el "arco constitucional" de regímenes liberales y capitalistas.

En cuanto al segundo punto, parece claro que la obra plantea un problema que excede en mucho las "cuestiones de conciencia" de un militante del partido: 1.º Porque el marxismo constituye un fenómeno histórico fundamental. 2.º Porque toda actitud crítica frente al orden social capitalista ha conducido al análisis del Partido Comunista. 3.º Porque la URSS es hoy una de las dos superpotencias, y cuanto afecta a su vida política —como la de los Estados Unidos— tiene una inmediata repercusión en el mundo. Y 4.º Porque los conflictos internos

del comunismo, sus escisiones y enfrentamientos, constituyen una parte desgarradora y fundamental del pensamiento revolucionario contemporáneo.

En "Las manos sucias" existen, en realidad, dos conflictos separados, aunque relacionados entre sí: el conflicto entre las clases y el conflicto político; conflictos entre gentes que declaran una misma ideología comunista.

En el primer punto, Sartre opone, en efecto, a dos militantes de la clase obrera —que entraron en el partido "porque estaban hartos de morirse de hambre" y "para que todos nuestros muchachos tengan un día con qué llenarse la barriga"— y el intelectual, el que se compromete y milita por "el hambre de los demás". El distinguo no es nada baladí, y es evidente que si Sartre concede a Hugo, un intelectual, la interpretación de la "pureza", y a Hoederer, de origen obrero, la encarnación de la dialéctica, del espíritu práctico, ha de hacerlo con cierta amargura. Hugo, refiriéndose al trato que recibe de esos otros dos militantes obreros, exclama:

"Ya ve que no hay nada que hacer; estoy acostumbrado. Cuando los vi entrar hace un rato reconocí la sonrisa. Venían a hacerme pagar por mi padre y por mi abuelo, y por todos los de mi familia que comieron a costa de su hambre. Le digo que los conozco: nunca me aceptarán; cien mil me miran con esa sonrisa. He luchado, me he humillado, lo hice todo para que olvidaran, les repetí que los amaba, que los envidiaba, que los admiraba. ¡No hay nada que hacer! ¡Nada que hacer! Soy un hijo de ricos, un intelectual, un

tipo que no trabaja con sus manos. Bueno, que piensen lo que quieran".

Autodefinición que tiene, entre otras cosas, el valor de explicitar un claro componente de "la pureza" del personaje: su mala conciencia. Si Hoederer puede examinar la realidad y actuar en ella con espíritu dialéctico es porque no tiene esa mala conciencia. Si Hugo —cuyo nombre de lucha es, simbólicamente, el de Raskolnikoff— está dispuesto a llevar hasta el final esa pureza, si mata y muere en su nombre, es porque necesita el acto que le redima ante sí mismo, que le pruebe a él, y a esos obreros que le miran con cierta displicencia, que no tiene la culpa de haber tomado aceite de hígado de bacalao para tener apetito mientras otros se morían de hambre.

En otro plano estaría el conflicto político, en el que yo distinguiría —aparte de Jessica, que expresa la ignorancia y la marginación— hasta cuatro personajes, correspondientes a otras tantas maneras de encarar las responsabilidades de un partido revolucionario y de sus militantes:

A) La posición de Olga.—Personaje, a mi modo de ver, alienado por el concepto de la disciplina. Al comienzo de la obra, estimula a Hugo para que mate a Hoederer, porque Luis, el superior que encarna a sus ojos el partido —y que es enemigo de Hoederer—, considera que debe evitarse el pacto proyectado por aquél. A mitad de la obra —en una escena suprimida en la versión de Marsiliach—, ante la tardanza de Hugo en cumplir su misión, es ella la que arroja la bomba que está a punto de matar a Hoederer, a los representantes de las fuerzas políticas con las que éste va a pactar y el propio Hugo. Al final, esta misma Olga es la que explica a Hugo que las ideas de Hoederer eran políticamente "correctas" —según la "nueva línea" del partido— y, por tanto, que debe olvidar su asesinato... Personaje, pues, que ha delegado en el partido la función de pensar por ella, con lo que consigue "trasladar" las contradicciones y sentirse siempre "pura e inocente".

B) La posición de Luis.—Es el que identifica la política revolucionaria con la "tradicción" del partido. Inicialmente es enemigo de Hoederer, porque estima que su pacto es una traición. Cuando, luego, se le dice desde la URSS que la línea de Hoederer es la más conveniente, decide eliminar a Hugo para evitar que cuente quiénes le mandaron a matar a aquél. Su personalidad guarda concomitancias con la de Olga. La diferencia fundamental estaría en que esta última obedece a sus superiores y Luis se esfuerza en encarnar la "línea general" del partido.

EL DIFÍCIL EQUILIBRIO

C) La posición de Hugo.—Encarna la pureza militante, es decir la ecuación entre ideología y política. El talento de Sartre está en darle sólo una parte de razón. Si la tuviera del todo no habría problema. Hoederer sería el traidor y punto. Pero no es así. Porque si las observaciones de Hugo sacan a flote una serie de valores éticos irrenunciables —uno, muy concreto, la necesidad de que los líderes no mientan a los militantes; y otro, la contaminación de los fines por la ilicitud de los medios, el riesgo de que la suciedad de las manos acabe ensuciando todo lo que se hace con ellas—, también es igualmente cierto que sitúan la política en un peligroso terreno de santidad y destrucción. ¿Y qué derecho tiene Hugo a disponer de la vida de los demás para hacerlos más justos? ¿Qué clara reminiscencia católica no existe en esa visión cruenta y redentora de la revolución?

D) La posición de Hoederer.—Es el hombre que intenta acordar dialécticamente la ideología a la situación concreta planteada. El político que no olvida nunca los fines, pero que acomoda los medios a las circunstancias. No es, sin embargo, un cínico. En su conversación decisiva con Hugo hay un fragmento singularmente esclarecedor. Es, al final, cuando Hugo alega que muchas gentes del partido no están de acuerdo con el pacto que proyecta:

HOEDERER.—Tú conviertes esto en cuestión de principios.

HUGO.—¿Quién habló de principios?

HOEDERER.—¿No lo conviertes en cuestión de principios? Bueno. Entonces, esto ha de convencerte: si tratamos con el Regente, él detiene la guerra, las tropas esperarán amablemente que los rusos vayan a desarmarlas; si rompemos las negociaciones, el Regente sabe que está perdido y luchará como un perro rabioso; cientos de miles de hombres perderán el pellejo. ¿Qué me dices? ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Puedes suprimir a cien mil hombres de un plumazo?

HUGO.—No se hace la revolución con flores. Si han de quedar...

HOEDERER.—¿SÍ?

HUGO.—¡Bueno, pues paciencia!

HOEDERER.—¿Lo ves? ¡Bien lo ves! Tú no quieres a los hombres, Hugo. Tú sólo amas los principios.

HUGO.—¿A los hombres? ¿Y por qué habla de quererlos? ¿Acaso me quieren ellos?

HOEDERER.—Entonces, ¿por qué viniste a nosotros? El que no quiere a los hombres no puede luchar por ellos.

HUGO.—Entré en el partido porque su causa es justa y saldré cuando cese de serlo. En cuanto



a los hombres, lo que me interesa no es lo que son, sino lo que podrán llegar a ser.

HOEDERER.—Y yo los quiero por lo que son. Con todas sus porquerías y sus vicios. Quiero sus voces y sus manos calientes que agarran, y su piel, la más desnuda de todas las pieles, y su mirada inquieta y la lucha desesperada que cada uno a su vez libra contra la muerte y contra la angustia. Para mí lo que importa es un hombre más o un hombre menos en el mundo. Es precioso. A ti te conozco bien, chico, eres un destructor. Detestas a los hombres porque te detestas a ti mismo; tu pureza se parece a la muerte, y la revolución con la que sueñas no es la nuestra; no quieres cambiar el mundo, quieres destruirlo.

Es interesante hacer notar que en su libro, "El hombre rebelde", publicado en el 51, y origen de una famosa polémica entre Camus y Sartre, aquél escribía: "La revolución, para ser creadora, no puede prescindir de una regla, moral o metafísica, que equilibre el delirio histórico. No siente, sin duda, sino un desprecio justificado por la moral formal y embaucadora que encuentra en la sociedad burguesa. Pero su locura ha consistido en extender ese desprecio a toda reivindicación moral. En sus orígenes mismos y en sus impulsos más profundos se halla una regla que no es formal y que, no obstante, puede servirle de guía. La rebelión, en efecto, le dice y le dirá cada vez más fuertemente que tratar de hacer, no para comenzar a ser un día, a los ojos de un mundo reducido al consentimiento, sino en función de ese ser

oscuro que se descubre ya en el movimiento de insurrección. Esta regla no es formal ni está sometida a la Historia; es lo que podemos precisar al descubrirla en su estado puro en la creación artística. Anotemos solamente de antemano que al "Me rebelo, luego existo" y al "Existimos solos" de la rebelión metafísica, la rebelión contra la Historia añade que en vez de matar y de morir para producir el ser que no somos, tenemos que vivir y hacer vivir para crear lo que somos".

Pensamiento que da y quita la razón a los dos personajes, tal vez desplazando la cuestión sobre otro eje. Porque si Hugo aparece "éticamente superior" a Hoederer al rechazar la "amoralidad" de los medios, es, a la vez, notablemente "inferior" cuando un nombre del "ser que no somos" está dispuesto a sacrificar a esas gentes que Hoederer ama tal como son.

¿Vigencia de la obra? "Eterna", porque afronta el conflicto entre ética y poder, tantas veces abordado en la tragedia shakespeariana; "occidental", porque Hoederer es una especie de "eurocomunista" adelantado; "española", porque hay fragmentos de la obra en los que, literalmente, parece que se esté debatiendo el pacto de la Moncloa y la participación en él del Partido Comunista y otros partidos marxistas.

HUGO.—El partido tiene un programa: la realización de una economía socialista, y un medio: la utilización de la lucha de clases. Usted va a emplearlo para hacer la política de colaboración de clases en el marco de una economía

capitalista. Durante años, usted mentirá, usará de astucias, andará con rodeos, irá de un compromiso a otro; defenderá frente a sus camaradas medidas reaccionarias tomadas por un Gobierno del que usted formará parte. Nadie comprenderá: los puros nos abandonarán; los otros perderán la cultura política que acaban de adquirir. Estaremos contaminados, ablandados, desorientados; nos convertiremos en reformistas y en nacionalistas; para terminar, los partidos burgueses sólo tendrán que tomarse la molestia de liquidarnos. ¡Hoederer! Este partido es el suyo, usted no puede haber olvidado el trabajo que le dio forjarlo, los sacrificios que hubo que pedir, la disciplina que hubo que imponer. Se lo suplico: no lo sacrifique con sus propias manos.

HOEDERER.—¿Cuánta charla! Si no quieres correr riesgos, no debes hacer política.

Necesario es decir que a muchos de nuestros espectadores "estrenistas" parecía escapárseles esta apasionante vigencia política de la obra, sólo pendientes de si Hugo mataba o no a Hoederer, o de si éste acabaría o no acostándose con Jessica. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Estamos tan poco acostumbrados a que el teatro tenga que ver con nuestros conflictos colectivos más agobiantes! ¡Y el público de los estrenos parece tan especialmente poco interesado en estas cosas!

Máxime cuando, como es lógico, no hay respuesta ni juicio final, y todas, o casi todas, las preguntas quedan en pie. ¿Qué sería de los líderes revolucionarios si no existieran los Hugo? ¿Y qué sería de la pobre Humanidad si dejaran a los Hugo "arreglar" el mundo?

Representación llena de seriedad y decoro. La versión de Adolfo Marsillach ha tenido que suprimir forzosamente, para acoplarse a "nuestro horario", una serie de frases y aun de escenas. Era inevitable, porque el original es muy largo y lo único que uno diría —salvo el "suspense" parcialmente perdido en la escena del registro y la minimización del muy importante personaje de Olga— es que nada sustancial del discurso ha desaparecido. Los actores se han movido con esa justeza general que aquí suele darse cuando se trata de obras de cierto naturalismo psicológico. A nuestros actores suele costarles imaginar, pero saben ser lógicos. Y en esa línea el trabajo de Enrique Diosdado, sobre todos, y el de José Luis Pellicena y Carmen Maura me parecen muy sólidos, en un conjunto de actores bien inmersos, a través de una serie de tipos, en la atmósfera y el ritmo justamente controlados por José Luis Alonso. La escenografía de Citrinowski, funcional, gris, naturalista y, a la vez, muy acordada a la angustia y crueldad de la obra, me pareció otro acierto. ■ J. M. RAMON RODRIGUEZ.